



AMOR Y CINE



2

20
cts.

Los dos grandes amores
de Pola Negri

AMOR Y CINE

Colección semanal

Núm. 2

Los dos grandes amores de Pola Negri

POR

A. GUARDIOLA



REDACCION Y ADMINISTRACIÓN :

Villarroel, 12 y 14

Ventas al contado : Unión, 19

BARCELONA

Esta novela es propiedad de la Editorial Garrofé en todos los países de habla española. Queda prohibida su reproducción

REVISADO POR LA PREVIA CENSURA

Imp. Garrofé. — Villarioel, 12 y 14. — Barcelona



I

El cine, el amor y la fortuna

Se comprende el prestigio que el cine ha adquirido en el mundo entero. Los que, al principio de nacer el arte mudo le trataron desdenosamente, negándole importancia y trascendencia, han tenido que ir rindiéndose, poco a poco, a los encantos, al poderío, a la fuerza, y, sobre todo, a la influencia que el nuevo arte ejercía sobre las multitudes.

Se explica este fenómeno. En todos los idiomas del mundo existe un adagio equivalente al castellano que dice: «¡Quítamelo de los ojos!...» Lo que se nos entra por los ojos es lo más imperecedero, lo más inolvidable de nuestra vida. Además, es lo más comprensible, y lo comprensible para todo el mundo. Esos sabios que sueñan con hacer un idioma universal—el *esperanto*, el *volaput* y tantos otros—ya lo tienen. El cine es el idioma universal. Lo hermoso del nuevo arte es que una película que comienza haciendo reír, o llorar o amar a los públicos archicivilizados de Nueva York, o de París, o de Londres, sigue haciendo reír, o llorar o amar a los públi-

cos de Egipto, de la India o de Persia, y a los públicos salvajes de las islas perdidas de Oceanía o de las selvas del Congo... ¿Qué arte puede conseguir semejante triunfo?...

En verdad, quitando la música, ninguno goza de tal privilegio de universalidad...

* * *

Cuando hace poco más de veinte años se presentaron a los públicos de los teatrillos y de las barracas de feria las primeras películas, con los defectos y las incorrecciones de un arte que nace a la vida, una legión de gentes de todo el mundo extendió los brazos, deseando abrazar la profesión de *artista mudo*. Claro está que fueron, sobre todo, los actores y las actrices los que más abundaron entre los aspirantes.

Pero, con gran sorpresa de los primeros directores de *films*, los viejos cómicos no alcanzaron la gloria en la pantalla con tanta facilidad y tan prontamente como gentes mercenarias, venidas de las cinco partes del mundo a los estudios cinematográficos, que habían ejercido distintas profesiones, e incluso que jamás habían pisado las tablas de un teatro, muchas de ellas.

Las mujeres — las muchachas sobre todo — abundaban entre los aspirantes a futuras estrellas. Seducía del cine esa gloria del artista, que es, en el fondo, una gran ansia de amor universal; luego, la probabilidad de amasar una fortuna — (entonces, ni los mismos empresarios ni los mismos *produceurs* de *films* se hubieran atrevido a soñar con los millones y millones que

hoy produce el arte mudo) — y, en fin, la probabilidad también de hacerse una vida libre y honrada, que no se encontraba en la mayoría de los casos dedicando todo el trabajo y toda la actividad del individuo a otras esferas o a otras profesiones.

Pero al principio no hubo artistas verdaderos de *cine*. El *film* era una cosa completamente anónima, donde los actores y las actrices encarnaban a los personajes sin que el público se enterara poco ni mucho de quienes eran los seres de carne y hueso que se movían ante sus ojos.

Porque el *cine*, claro se está que en mucha menor proporción, y muchísimo más rápidamente, tuvo, como el teatro, sus verdaderos *cómicos de la legua*. Gentes que ganaban jornales irrisorios, que hoy rechazaría el más humilde comparsa, iban de estudio en estudio, mendigando el favor de que les contrataran, a cambio de unas monedas, en los *films* de principios de este siglo, con aquellas acciones simples y aquella trama casi infantil...

Poco a poco, sin embargo, cuando el nuevo arte se abrió rápidamente el camino del prestigio y del dinero, los actores comenzaron a tener personalidad. Los *estudios*, que habían estado instalados en inmundas barracas de madera, se trasladaron a locales *decentes*, muchos de ellos a verdaderos teatros. Los actores comenzaron a exigir que su labor no fuera la labor del artista anónimo, desconocido del público al que emocionaba, al que hacía reír o llorar. Aparecieron los primeros carteles anunciadores de las películas, con los *elencos* de actores y actrices. Media

docena de muchachas lindas y otra media docena de hombres jóvenes de valía, fueron bien pronto los ídolos de la multitud, pero no de la multitud de esta nación o de la otra, sino de las multitudes de todo el globo. Los nombres de los ídolos fueron pronunciados por todos los labios de la tierra, en todos los idiomas que hablan los hombres. Y lo mismo el público ultraelegante de las grandes ciudades de los Estados Unidos, de Francia, de Inglaterra o de Italia o de España, que el de las aldeas siempre sepultadas bajo la nieve de la Rusia del Norte, o el de los pueblecitos chinos, o el de los caseríos de la América del Sur, o el de los pueblos de chozas del centro de Africa, sonreían y aplaudían cuando aparecían en la pantalla sus ídolos favoritos...

Así fué naciendo el cine.

Así ha llegado a ser el arte mudo, no sólo la antorcha de amor de todos los públicos, sino la fuente de riqueza tal vez más grande de las actividades espirituales del hombre, ya que, aunque ello contraría a los enamorados de las viejas Bellas Artes, ninguna de ellas produce hoy ni producirá nunca lo que el cinematógrafo.

II

Y hablemos de... «ella»

Ella no puede ser más que Pola Negri. La *estrella de las estrellas*, el lucero rutilante y magnífico del firmamento del arte mudo, la

Venus inconfundible e inimitable de la pantalla.

Porque Pola Negri no ha sido nunca «una artista más» en el montón de *estrellas* a las que hoy adora el público de todo el globo. Pola Negri ha sido *ella* desde que debutó en los teatrillos de París, hasta que ha encarnado el personaje principal de su última superproducción *Hotel Imperial*, esa película de la que luego hablaremos en las páginas de este folletito.

Naturalmente, como de todos los ídolos, corren muchas versiones acerca de los orígenes y la historia de Pola Negri. Unos dicen que pasó su infancia en la más negra de las miserias, por haber visto la luz en el seno de una familia de campesinos; otros que la recogieron unos titiriteros, haciendo de ella una de esas niñas-actrices que aparecen en los barracones de feria; otros, por el contrario, que su familia era de alta estirpe, y reveses de fortuna o trastornos políticos, arruinaron a sus progenitores, obligándola a ganarse la vida.

Todo esto, sin embargo, son fantasías más o menos novelescas.

Lo que está fuera de duda, y lo que hay que aceptar como más verosímil es que Pola Negri es polaca, y que sus padres pertenecían a la burguesía bien acomodada de la antigua provincia occidental de Rusia. Reveses de fortuna de los que aquejan a todas las familias del mundo, arruinaron a sus padres, obligando a la entonces muchacha de doce años escasos, a ganarse la vida, pero no como han supuesto muchos de sus biógrafos, en una fábrica de las cercanías de la gran ciudad industrial de Lordz (la Manches-

ter polaca), sino como simple empleada en las oficinas de una gran Compañía de minas. Esta Compañía era, en parte, francesa, o al menos lo eran los directores. Sabido es que por aquel entonces (esto era antes de la gran guerra de 1914) Polonia pertenecía a Rusia y el Oso Blanco estaba aliado con la República francesa. De aquí que la colonia rusa de París y de otras grandes ciudades de Francia fuese enorme, como también era considerable la colonia francesa en San Petersburgo, en Varsovia, en Lodz y en otras grandes ciudades rusas.

Siguiendo este movimiento de flujo y reflujo, de emigración mutua de franceses a Rusia y de rusos a Francia, fué a París Pola Negri. Antes hemos de hacer una aclaración, que seguramente conocerá el lector. Pola Negri es un seudónimo de la gran estrella. Su verdadero nombre parece que es Sofía Petrolowna, aunque hay quien dice que se llama Ifka Worachefjo. Dejando esto aparte, que, después de todo, nada importa a sus admiradores, seguiremos meramente los pasos de nuestra Pola Negri.

En París fué, durante algunos años, empleada en las mismas oficinas de la Compañía a cuyo servicio había estado en Rusia.

Pero un día, luego de asistir a una función teatral, sintió un irresistible deseo de convertirse en actriz a su vez. «Mi vocación nació de un modo súbito y espontáneo—ha contado Pola a un periodista italiano que la visitó poco antes de la muerte del gran Rodolfo—. Yo no soy de esas chicas que dicen que *han nacido* queriendo ser *estrellas* y famosas. No. Estaba contenta ga-



Pola Negri

nando un pequeño sueldecito como empleada en París, viviendo la vida tranquila y sencilla de la burguesita del bulevar... hasta que un día, asistiendo por cierto a un teatrillo de las afueras, poco menos que un *guignol*, me emocionó tanto la labor de una *dama joven* que pensé dedicarme al teatro. Debuté, en efecto, poco después, haciendo por cierto, el mismo papel que en mi oficina: de empleada en un despacho. La primera vez que pisé las tablas, no cobré nada, pues era aquella una función de aficionados, en la que trabajábamos muchos compañeros. Después me vine a los Estados Unidos, y aquí me hice actriz de cinematógrafo... Lo demás... ¡ya lo sabe todo el mundo!»

Eso que *sabe todo el mundo* es que Pola, una vez en los Estados Unidos, trabajó por cuenta de varios *estudios*, como entonces se les llamaba a las empresas de cine, que ni siquiera merecían este nombre. Baste decir que la hoy colosal Paramount apenas contaba con dos docenas de actores y actrices a sueldo fijo, y las películas se hacían, contratando, por sumas insignificantes, a los que vivían de hacer papeles de comparsas, verdaderos *cómicos de la legua del cine*. Pola llamó la atención de los directores bien pronto, y del público, no menos pronto también. Era una muchacha linda, de rostro soñador y dulce, que evocaba en seguida la belleza regía y magnífica de las mujeres arias, de la raza de la Europa del Norte... Además, tenía una cosa inimitable, inconfundible: su elegancia.

La elegancia de Pola Negri es una cosa tan *suya*, tan *personal*, que ha hecho de ella, desde

un principio, la verdadera Sarah Bernard de la pantalla. Ninguna otra *estrella* del arte mudo tiene la elegancia, la *belleza elegante* de Pola Negri.

Clara Windsor es muy linda; Mary Pickford es muy graciosa; las dos Talmadge son muy bellas y atractivas; Laura La Plante es también muy linda; pero ninguna de ellas, ninguna otra gran estrella de la pantalla tiene la elegancia inimitable de Pola. La única que se la puede comparar es la Francesca Bertini, y la gran actriz italiana tiene la desventaja, que todo el mundo reconoce, de que sus movimientos son un tanto bruscos, lo que estropea su labor en muchas películas.

La Negri, en cambio, dijérase que tiene «la gracia latina», la elegancia inimitable de París o de las mujeres españolas o italianas. Hasta en su sonrisa, recuerda Pola Negri a nuestras mujeres, dulces y atractivas, seductoras en fuerza de belleza y de feminidad que no poseen las otras mujeres de la tierra...

Por eso Pola Negri ha conquistado a todos los públicos del mundo. En los *films* donde ella aparece, flota siempre una espiritualidad inimitable, un buen gusto *latino*, una delicadeza y una exquisitez inconfundibles, que cautivan en seguida todos los corazones...

III

El primer amor de Pola: el gran «Rodolfo»...

Paralelamente a la ascensión rápida, formidable de Pola Negri, había ido verificándose en el cielo del arte mudo, la de una *estrella* varonil de primera magnitud: Rodolfo Valentino. ¡El gran Rodolfo Valentino, el amado de todas las mujeres, el *príncipe elegante* del buen tono y del buen gusto... el gran *Don Juan* de la pantalla, como le ha llamado muy acertadamente un poeta moderno!...

Era cuando, a la época romántica y bohemia de la aurora del cinematógrafo, comenzaba a suceder la época *positiva*, la época de la materialidad. Directores, empresarios, operadores y no hay que decir que actores y actrices comenzaron a cobrar grandes sueldos, a cosechar con creces los frutos sembrados con tanto entusiasmo y con tanta fe. Para decirlo en una palabra: llegaba la fortuna para todos los que vivían o pretendían vivir del arte mudo, y con la fortuna llegaba el bienestar, el prestigio, la gloria... todo lo que da con tanta facilidad y con tanta generosidad el oro, cuando se nos mete a manos llenas por las puertas de nuestra casa.

Los artistas de cine ya no eran aquellos pobres *comiquillos de la legua* que hacían reír a las gentes opulentas de Nueva York, y que habían de vivir en los suburbios, mezclados con la multitud anónima y mal oliente que lucha

por el dólar en la gran metrópoli americana; ya habían comenzado a hacerse hoteles propios en los barrios nuevos rodeados de jardines, unidos a Broadway por cómodos metros y por magníficas líneas de ferrocarril.

Pola Negri vivía por entonces ya con lujo en Nueva York. Y un día, en los escenarios de la entonces naciente Paramount, se conocieron ella y Rodolfo Valentino. Estaban en esa situación intermedia y dudosa aún de dos primeros actores de compañía teatral que actúa por provincias y a la que comienza a sonreír el éxito. Pero un éxito que asustaba a todo el mundo. El dinero se metía por las puertas de la Paramount de un modo fantástico. El único hombre que conservaba la serenidad ante el diluvio de oro, era ese hombre admirable que se llama Adolphe Zukor, el insigne fundador de la Paramount, el que ha conseguido elevar en la gran avenida neoyorkina ese edificio monstruoso, que hace recordar una pagoda india construida para gigantes de otro planeta... Y en aquel ambiente de lujo, de riqueza, de arte y de actividad locos se cruzó la primera mirada de Pola Negri y de Rodolfo Valentino.

* * *

Para relatar los amores de los dos ídolos, vamos a copiar parte de una entrevista celebrada por un periodista italiano con Pola, y que se publicó poco antes de la muerte de Valentino en un periódico de Roma.

Pola Negri y Rodolfo se amaron desde la primera vez que se vieron. La enamorada, sin em-

bargo, la sincera y hondamente enamorada, era *ella*, la *mujer*, la gran actriz de la pantalla, que en las líneas que vamos a copiar, veremos se quejaba con frecuencia a Valentino de «no adorarla como ella le adoraba». Porque Valentino era de esos hombres que ejercen un misterioso encanto, una influencia irresistible sobre las almas femeninas. Elegante, de varonil belleza, con un alma apasionada y tierna—verdadera alma de muchacho latino—, Rodolfo era de esos hombres de «los que todas las mujeres se enamoran». Dijeron los periódicos de Nueva York cuando murió el gran actor del film, que las cartas de amor que recibía Valentino se contaban por centenares y aun por millares algunos días: cartas de los Estados Unidos, de Méjico, de la Argentina, del Perú; cartas del Canadá, de Chile, mezcladas con cartas de los remotos países europeos: de ciudades de Rusia, de pueblecitos y ciudades de Grecia, de Inglaterra, de Alemania, de España; una nube de cartas de su patria, la hermosa Italia, mezcladas con cartas de Egipto, de Java, de Australia, del Japón... La misma Pola ha contado mil veces a los periodistas lo que sufrió con el prestigio y el amor que inspiraba a las mujeres su prometido...

Y siendo así, siendo Rodolfo un hombre que enamoraba «aun sin querer a todas las mujeres», ¿cómo no había de prendarse de él el alma hermosa y romántica de Pola?... «Valentino era—ha dicho *ella* en una ocasión—el complemento de mi personalidad de mujer y de artista: era un hombre delicado y espiritual como hay pocos, elegante en todos los sentidos, varonil y al mis-

mo tiempo lleno de ternura y de delicadezas... *Artista*, en una palabra, por temperamento, enamorado del ideal y del arte, como todos los espíritus exquisitos...

Fué un amor loco, un amor de los cielos. Jóvenes, ricos, famosos los dos, mimados los dos por la fortuna y por los públicos, seguros de su arte, se amaron con toda la fuga y el entusiasmo de sus corazones juveniles y ardientes, con todo el abandono de sus almas de artistas...

Veamos ahora cómo contó Pola su idilio al periodista italiano:

«—¿Cuándo conoció usted a su futuro esposo?

—Hace dos años y medio escasos, en un estudio de la Paramount, que estaba instalado en Kenn-Red. Valentino tenía ya más fama que yo, aunque yo entonces iba siendo también popular entre todos los públicos. Nos amamos desde el prime momento. Rodolfo, usted lo sabe como todo el mundo, era el alma de las películas en que figuraba. Recuerdo el efecto que me hizo una noche, en Broadway, asistir a un cine con mi novio. Fuimos como simples espectadores. La película se llamaba *El diablo santificado*, y databa de los primeros tiempos de Rodolfo como actor de la pantalla. Trabajaba en ella con la actriz española Elena d'Algy... y el público, cuando vió aparecer a mi novio, vestido de torero, rompió en frenéticos aplausos... Rodolfo y yo nos miramos en la obscuridad y nos sonreímos... Y cuando, durante un descanso, el público lo reconoció, le tributó una ovación tan delirante que nos tuvimos que retirar del salón.

—¿Quién de los dos es el que mejor... quiere?
—le siguió preguntando el periodista a la maga de la pantalla.

—¡Yo!—se apresuró a contestar Pola—. ¡Yo adoro a Rodolfo con todas las fuerzas de mi vida! Parece que se hubieran invertido nuestros papeles: él es italiano; yo soy rusa, polaca; y, sin embargo, yo soy más apasionada, le quiero con más fuerza y con más intensidad con que él me quiere a mí... Muchas veces se lo digo y él se ríe. Y, aunque no soy celosa, me hace sufrir un poco, la verdad, la adoración que inspira Rodolfo a las mujeres...

—¿Mucha, verdad?

—Usted no puede figurarse. ¡Es un ángel el que tiene, como suele decirse, que le hace irresistible!... ¡Con decirle a usted que hasta hemos hablado de retirarnos los dos del cine, luego de casados!...

—¿Es posible...? Ustedes no querrán quitar al mundo el disfrute de dos artistas de la pantalla tan excelentes como usted y su novio... ¿Y cuándo es esa boda?

—Pensamos casarnos este verano (1), dentro de cuatro o cinco meses, en Hollywood, donde tanto Rodolfo como yo, tenemos nuestra casa.

—Y para después, ¿qué proyectan?

—¡Oh, Rodolfo quiere seguir trabajando, aunque él preferiría que yo descansé!... Pero yo he puesto por condición que, ¡o los dos o ninguno!

(1) Esta interviú apareció en el mes de febrero de 1926.



La genial Pola Negri, princesa de Mdivani, acompañada de su esposo y varios invitados a la ceremonia nupcial

—¡Salsa para el ganso—que decimos los italianos—, salsa para la gansa!

—Eso es. Yo entiendo que un matrimonio bien avenido ha de trazar de antemano sus líneas de conducta, y marchar en todo de acuerdo. De otro modo, no vale la pena de casarse.

—Dice usted bien. Y ahora, ¿me permite una última pregunta... aunque sea un tanto impertinente?

—Pregunte sin miedo—repuso Pola con una sonrisa—. Nosotros, los artistas, estamos acostumbrados a que se nos pregunte todo.

—Pues allá va. ¿Quién de ustedes gana más dinero, Rodolfo o usted?

—¡Yo!—dijo ahora Pola con una sonrisa de falsa modestia—. Para que vea usted que yo no quiero guardar ningún secreto con el público, puede usted decir a sus lectores que acabo de comprar joyas para casarme, y que he invertido en ellas cuatro millones de dólares.»

Así terminaba la interviú de Pola con el periodista italiano.

Esto no necesita comentarios.

IV

El amor y la muerte

Los dos famosos artistas paseaban su amor triunfante por su patria de adopción, los Estados Unidos. Lo mismo Pola que Valentino hablaban ya correctamente el inglés y sentían

por los Estados Unidos un cariño profundo.

Los Estados Unidos es la tierra del cine, como todos sabemos. De allí ha venido *la furia* por el arte mudo, y allí se han hecho y se hacen las grandes producciones que luego recorren en triunfo toda la tierra...

Allí viven las grandes *estrellas* de la pantalla, los actores que conocen todos los públicos del globo... e incluso allí se ha construido esa *ciudad del cine*—Hollywood—, en California, donde tienen sus hoteles fastuosos los favoritos de los públicos del film, y donde están los estudios de las grandes empresas, los escenarios gigantescos, la sede de las grandes Compañías...

Pola y Rodolfo pasearon, pues, por todos los Estados Unidos su amor y su ventura. Trabajaban en Nueva York, trasladándose luego a Hollywood, a Los Angeles o a San Francisco, esto es, al *Oeste* como le llaman allí al Occidente del país, para filmar otras películas, o para descansar en sus propiedades, construidas con el fausto de los palacios reales. Porque es una realzada de los grandes astros del cine: viven como príncipes, en hoteles fastuosos, entre jardines espléndidos, rodeados de una servidumbre de multimillonarios, y tienen autos, yates, joyas dignas de reyes...

El idilio envolvía a Pola y a Rodolfo en el manto de oro de su ensueño... y quizá las grandes avenidas de Nueva York, por donde ellos se paseaban triunfadores en sus autos magníficos, fueron testigos muchas veces de sus besos apasionados, de sus palabras cálidas, vibrantes de promesa y de ternura...

Pero, ¡la vida es cruel!... El destino tiene, a veces, la humorada de escoger a los mejores para descargar sobre ellos toda su pesadumbre...

Una noche—una de aquellas noches de luna tan propicias a los enamorados—, Rodolfo y Pola paseaban por las calles de Nueva York en un magnífico automóvil descubierto.

La jornada del trabajo había terminado, y las avenidas de la inmensa ciudad tenían esa animación de fiesta que les da a las grandes vías la concurrencia de la multitud elegante, que sólo busca divertirse... Los dos novios habían ordenado al chófer que se alejara hacia un suburbio... y al pasar por una de esas calles nuevas formada por hotelitos de pequeños burgueses, bordeada de tilos, por entre cuyo ramaje se filtraba la luna... ¡los dos novios cambiaron un beso!...

Mas... ¡horror!... En el mismo instante en que los labios de Pola se posaban sobre los del amado, otra mujer, invisible para la enamorada novia, besó a Rodolfo en la frente...

¿Quién era?... ¡Ah, era una mujer vestida de blanco, que caminaba por los aires, sobre los hilillos blancos de la luna... y que llevaba en su diestra una enorme guadaña!... ¡Aquella mujer invisible era la Muerte!...

Nada pudo salvar al gran astro de la pantalla. La Parca, la terrible Intrusa de Maeterlinck, le había besado en la frente, y al que esa

mujer invisible besa en la frente, no tiene salvación.

Valentino declinaba de un modo alarmante. La pobre Pola, la novia enamorada con locura se olvidó de la gloria, de su convivencia con los públicos, y estuvo ausente, acompañando al amado, cerca de un trimestre, en las altas montañas de Nebraska, en ese Parque Nacional, único tal vez en el mundo, que tiene cerca de mil kilómetros cuadrados y donde la Naturaleza se muestra en toda su generosa e imponente grandeza...

¡Todo fué en vano!...

La enfermedad que minaba a Valentino era de las que la ciencia califica de incurables... y el gran actor de la pantalla, el ídolo de las multitudes, el favorito y mimado de las mujeres, se extinguió un día en las cercanías de California y de Los Angeles, en los brazos de Pola Negri, rodeado de un puñado de amigos y empresarios...

Las mujeres de los Estados Unidos y de Méjico, las más cercanas al muerto idolatrado, enviaron tal cantidad de flores a la capilla ardiente del héroe, que la Prensa de los Estados Unidos nos habló de trescientos mil y pico de dólares... ¡Las flores habían costado una fortuna!... Mas... ¿qué importaba eso a Pola, a la pobre novia azul?... ¡Ella era viuda de alma de aquel hombre querido, inolvidable!

¡Quizá las mujeres mejicanas, hermanas nuestras en idioma y en sentimientos, susurraron la dolora de Campoamor, cuando dijo:

«Pues llenando el ataúd
do le encierran,
con amor, gloria y virtud...
¡al que se muere lo entierran!...»

V

Viuda de alma

Pero la vida sigue...

La vida tiene que seguir su curso fatal, por encima de todos los dolores, por encima de todos los desastres de nuestro corazón...

La existencia agitada de las grandes *estrellas* de cine volvió a coger a Pola en el torbellino de su rueda. Otra vez le vimos aparecer en la pantalla, más hermosa que nunca, con una hermosura nueva, con una belleza lánguida e interesante de... viuda de alma. Sus admiradores, sus admiradoras, decíanse cuando la veían aparecer en un film, «que llevaba la tristeza en los ojos y en la sonrisa»... Aun hoy no ha desaparecido completamente de su rostro adorable, la expresión de desencanto que tal vez experimenta pensando en... «el ídolo ha muerto». Pero las almas grandes, las almas fuertes, no se detienen nunca en su camino. Pola ha demostrado en muchas ocasiones de su vida, que es un espíritu superior, templado para la vida y para la lucha...

Aceptó contratos; lanzóse como nunca en el torbellino de los escenarios, de los estudios... encarnó la protagonista de *films* importantísimos,

hundióse en el *métier* con más fe que nunca... tal vez para olvidar.

Así ha llegado a vivir durante unos meses, durante cerca de un año, la existencia febril de las grandes estrellas. ¿Quién no ha visto a Pola guiando un automóvil a 120 por hora por las carreteras asfaltadas de los Estados Unidos?... ¿Quién no la ha visto atravesando a nado los ríos, montando en aeroplano, jugando al tennis o al golf... o bien, en fotografía, ya que no en la pantalla, en la intimidad de su casa fastuosa de Hollywood, hundida en algún canapé en un ángulo de un saloncillo donde cada mueble o cada *bibelot* representan una pequeña fortuna? ¿Quién no la ha visto montar a caballo, viajar asomada a la ventanilla de los grandes expresos de América o de Europa... o asistir a las representaciones teatrales, para honrar con su presencia y animar y asegurar el éxito de las fiestas?... Le llovía el oro más que nunca a Pola desde que murió Valentino.

Diríase que el prestigio del ilustre prometido había recaído también sobre ella, y así la hemos visto culminar, sobre todo en la gran película *Hotel Imperial*, por cuya actuación solamente ha percibido Pola quinientos mil dólares.

Por cierto que, completamente ganada de nuevo por el entusiasmo de su arte, ha causado a sus admiradores enorme sorpresa su perfecta caracterización y maquillaje, habiendo obligado a la ilustre actriz del arte mudo a hacer estas declaraciones ante un periodista de París:

«El arte del maquillaje es una de las cosas

fundamentales para triunfar en la pantalla. No se trata de afeites, más o menos subidos, de rojo o crema, sino de efectos de luz, de suavidades pálidas, de sombras que se esfuman, y, sobre todo, de lo que la cámara impresiona.

El maquillaje corriente usado para la escena muda, consiste en una capa de crema y un poco de rojo, menos subido del que se usa en la escena hablada. Después, otra capa de polvo rosado, pero muy pálido y concentrado.

Para los labios, un poquito de rojo, y las cejas hábilmente untadas de grasa.

Un poquito de rojo, negro o verde en el párpado, ayuda grandemente al efecto de luz que se desea.

Pero, al verdadero artista, no es sólo esto lo que le preocupa.

Lo difícil es la *caracterización*.

No se trata de aparecer más o menos hermosa. Hay que *componer* nuestra personalidad, adaptándola al personaje que estamos interpretando, y esto es lo difícil.

Las líneas, sombras, arrugas y contracciones que deben surcar nuestro rostro, para reflejar el estado de ánimo del personaje que encarnamos, según la acción, es una ciencia que el artista aprende solamente después de muchas tentativas, fracasos y de una continua práctica.

Desde luego, en la pantalla hay ciertos recursos que favorecen extraordinariamente al artista.

Hay, por ejemplo, actrices que tienen notables defectos físicos, y que aparecen, sin embargo, como figuras de impecable belleza en el film.



Rodolfo Valentino, el llorado don Juan de la pantalla y uno de los amores de Pola Negri

La mano también es muy esencial como medio expresivo.

A veces, tanto como el rostro, expresa la mano alegría o dolor, decaimiento, optimismo, ira, todas las pasiones, en fin... Con un gesto de la mano, se puede expresar o sintetizar una larga historia.

Los verdaderos artistas de la pantalla cuidan sus manos tanto como el rostro, y, a veces, para caracterizar ancianos, se les da una capa de azul para que aparezcan huesosas.

Como se ve, pues, amigas mías, el arte del maquillaje y la caracterización, es una de las cosas más importantes y que hay que atender más en el cine.»

VI

El otro amor...

La guerra europea, con su terrible colofón de la revolución roja de Rusia, había arrojado a las tierras, antes abiertas a todas las actividades de los Estados Unidos, a numerosas gentes de todas clases y condiciones, que buscaban en la gran República americana campo apropiado a sus actividades y ambiciones.

Entre aquellas gentes, había no pocos personajes ilustres.

Uno de ellos, el príncipe Sergio Mdivani, de Georgia, habíase establecido en los Estados Unidos, dedicando parte de su fortuna, relativamente considerable, a negocios de petróleo.

En estos tiempos metalizados, y en aquel país modernísimo, donde todo el mundo trabaja, trafica, construye o comercia, no puede nadie entregarse al *dolce far niente*: el mismo torbellino de la vida agitada de la gran República, arrastra hasta a los más perezosos, hasta a los más apáticos, e incluso hasta a aquellos hombres que por su sólida posición en la tierra, están a cubierto de todos los azares...

El príncipe de Mdivani estaba, pues, como decimos, dedicado a negocios *petroleros*, y consiste que lo de *petroleros* va sin segunda. Era y es un príncipe encantador, como los de los cuentos de hadas, que sólo soñaba en amasar una fortuna de corte y envergadura yanqui, esto es, de cien millones de dólares para arriba, y que hacía frecuentes viajes a Méjico y a Texas, donde existen las riquísimas explotaciones de petróleo tan conocidas de todo el mundo.

Pero un buen día, el príncipe de Mdivani, que había vivido en París y admiraba, o, mejor dicho, adoraba a la *ciudad luz* y a la dulce Francia, tuvo que venir a Europa, a resolver varios asuntos.

Venir a Europa, desde Nueva York es una cosa tan corriente y tan sencilla para los que viven en los Estados Unidos, que no conceden al paso del Atlántico más importancia que la que nosotros, míseros europeos, damos a una excursión dominguera en esos trenes pintorescos que nos alejan a quinientos metros de la gran ciudad... El gran maestro Blasco Ibáñez nos ha hablado algo de esto en su reciente obra, admirable por cierto, *La vuelta al mundo de un*.

novelista. Los yankis y los que, por vivir en yankilandia, acaban por tener el espíritu del país, vienen a Europa cada dos meses, a veces en menos tiempo, visitan París, Berlín y Londres, suelen dar su *vueltecita* por el Mediterráneo, descansar incluso un par de días en Nápoles y otro día en la *Riviera*, con preferencia en Niza o Monte Carlo, y regresar a su país partiendo de El Havre o de Southampton en uno de esos cetáceos de la Start o de la Mala que hacen la travesía del Océano Atlántico en tres días y medio. ¿Verdad que así también nos embarcábamos todos mis lectores y yo?...

* * *

Y... ¡oh fatalidad, casualidad o espíritu burlón e inconstante de Cupido!... ¡Espíritu voluble y variable que preside nuestra vida siempre!... ¡En el mismo inmenso *cetáceo* en que habíase embarcado para Europa nuestro príncipe de Mdivani, se embarcó una gran dama, elegantísima, que llevaba consigo un secretario y una estela de servidores. Nada más que ella y la gente que la acompañaba, ocupaban veintidós camarotes en el inmenso buque: toda el ala derecha de la proa del inmenso barco, habíasele reservado a la millonaria. ¿Quién era?... Llamaba la atención su belleza pálida, su sonrisa discreta y breve, su juventud... un encanto singular que dimanaba de la mujer misteriosa... y, sobre todo, ¡oh, sí, esto sobre todo!... sus joyas y su desparpajo de multimillonaria. Además, los camareros y las camareras del buque la llamaban *Miss*. El príncipe de Mdivani, que viajaba

de riguroso incógnito, como corresponde a un personaje de la *haute* que se digna descender a ocuparse de las cosas terrenas y comerciar en petróleo, no tardó en apercebir a la ilustre viajera. Y el nombre de la ilustre viajera, apenas zarpado de Nueva York el inmenso trasatlántico, ya llenaba todos los ámbitos del barco, desde el puente de mando hasta las bodegas: era... ¡¡¡la diez veces ilustre Pola Negri!!!

* * *

Se formaron, apenas salidos de la metrópoli norteamericana, varias comisiones de pasajeros para visitar a la actriz y rogarla que tomara parte en una fiesta que se iba a organizar a bordo. Pero la «esfinge pálida» se negó amablemente. ¡Quería descansar, siquiera los cinco días escasos que iba a durar la travesía!... Precisamente, ocho días antes, había regresado de Terranova, a bordo de su yate *Pensilvania*, de filmar una cinta, *Pescadores de ballenas*, donde tuvo que nadar horas enteras para impresionar ciertas escenas culminantes, incluso con riesgo de su vida... ¡No! ¡Que la dejaran!... ¡Por favor!... Se encontraba, además, débil, triste, un tanto neurasténica... y quería dedicar las horas de la travesía a un reposo absoluto.

No hubo más remedio que resignarse.

Pero la noticia de «su reposo absoluto» había corrido por el buque. Pola pasaba, en efecto, horas enteras semiechada en una *chaise-longue*, sobre la cubierta del puente. Y, ¡oh, casualidad o destino misterioso de las criaturas: el príncipe de Mdivani, que también se encontraba un tanto

fatigado y también quería descansar, venía precisamente a descansar a esta cubierta!... Las personas ilustres, sabido es que es conocen desde lejos. Pola y el príncipe hablaron... y no hay que decir que simpatizaron en seguida. El alma de la gran actriz de la pantalla ya no sentía con la intensidad de meses antes aquella

Solitude où je trouve une charme secrète...

que dijo el poeta inolvidable... y su amor inmenso por Rodolfo confundíase en el azul del cielo, y se esfumaba y se perdía en mil suspiros quedos y dolorosos, que expresaban la pesadumbre de no poder tomar forma, de no poder tener cuerpo y alma, de no poder posarse en un ser humano, cálido y viviente que recogiera su inmensa ternura... ¿Por qué no?... ¿Acaso la Muerte ha vencido jamás a la Vida? ¿El hecho de que un ser desaparezca de la tierra, devorado por la fiebre insaciable de renovación que preside el Universo entero, ¿ha de ser parte o motivo para que se seque para siempre nuestro corazón?... ¡No!... ¡No, no!...

¡Y las almas de Pola y del príncipe sintieron que se fundían en una sola, bajo la magia celestial de los cielos serenos, en el infinito de las aguas azules del Atlántico!...

Y... quién sabe si el espíritu de Rodolfo, perdonador para las miserias humanas, como todos los espíritus de los muertos, recitó, sobre las cabezas unidas de los dos enamorados, los versos del poeta inimitable:

«...Mas... ¿por qué tu latido, corazón aceleras?... Acaso esa que pasa... ¿es tal vez la que esperas? ¡Oh, corazón iluso, tu destino es sufrir! aunque por males viejo, por ilusiones niño, nunca has de ver saciada tu ansia de cariño, ¡¡sino únicamente al cesar de latir!...»

EPILOGO

Pola Negri princesa de Mdivani

A principios de la primavera de este año de gracia de 1927, toda la Prensa del mundo publicaba una noticia, encabezada con el mismo título de este «Epílogo» de nuestra historia.

Y los ojos de todos los admiradores de Pola, de todas las admiradoras de Rodolfo Valentino, se humedecieron leyendo estas líneas:

«París, 16 de...

»Pola Negri, la famosísima *estrella* del cinematógrafo, ha contraído matrimonio en la mañana de ayer, y en el pueblecito normando de Seraincourt, con el príncipe Jorge Sergio de Mdivani, de Georgia.

La actriz conoció al príncipe a bordo del buque en que los dos venían a Europa, para resolver en Francia diversos asuntos. El príncipe residía en América (Estados Unidos), dedicado a negocios de petróleo desde hace varios años.

Durante la travesía, que duró escasamente cinco días, Pola Negri y el príncipe se conocie-

ron, poniéndose en relaciones, y acordaron casarse.

La boda se ha celebrado en la mayor intimidad, pues sólo han asistido a la boda unas cuatrocientas personas, que han ido de París en su mayoría, el vecindario de Seraincourt en pleno y unos doscientos fotógrafos.

Pola Negri se adornaba con joyas cuyo valor ascendía a siete millones de dólares.

Los novios regresarán a los Estados Unidos dentro de cuatro o cinco días, estableciendo su residencia en Nueva York y Hollywood (California).

Como se sabe, Pola Negri era la prometida del gran artista de cine Rodolfo Valentino.»

* * *

Hasta aquí, los periódicos.

Muchos de ellos, haciéndose eco de los sentimientos de viejos admiradores de Rodolfo, incluso han tildado a Pola de ingrata y de inconstante. Nosotros, más humanos, nos inclinamos al perdón. Porque pensamos con el poeta, que el pobre corazón humano no puede vivir sin ternuras y que...

«...aunque por males viejo, por ilusiones niño,
nunca has de ver saciada tu ansia de cariño,
¡¡sino únicamente al cesar de latir!!...»

FIN

En el próximo número publicaremos:
El último divorcio de Charlot
(Revelaciones sensacionales)

LEA USTED

LA NOVELA OBRERA

Cada semana aparecerá un volumen, publicando íntegra una interesantísima novela, rigurosamente inédita y debida a la pluma de hombres que, desde la tribuna, la prensa o la novela, han defendido y defienden la causa del proletariado español.

Precio : 20 céntimos

De venta en todos los quioscos de España y puestos de periódicos de estaciones de ferrocarril.

ADMINISTRACIÓN

Calle de la Unión, núm. 19. — BARCELONA

Imp. Garrofé. — Villarroel, 12 y 14. — Barcelona

